

## PRESENTACIÓN DE *LA SOCIEDAD COMO PROYECTO*, DE JORGE ACEVEDO

por: Gustavo Cataldo Sanguinetti,  
Departamento de Filosofía  
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación

Presentar un libro es una labor no siempre exenta de ambigüedades e indecisiones. La tarea de *mostrar* una obra y un trabajo bien puede tomar los perfiles protocolares de la glosa, la síntesis y el juicio de valor. Interpretar significa aquí dar cuenta de las articulaciones y los motivos esenciales de un escrito. Pero, sin duda, la lectura de un texto sobrepasa con mucho esta tarea de reconstrucción analítica.

Si en verdad somos fieles a la dinámica real de la lectura de un texto, hemos de convenir necesariamente en su irreductibilidad a los cánones de una interpretación puramente analítica. Lo inmediatamente dado en la lectura de una obra, incluso de una obra filosófica, no es una totalidad de partes articuladas por relaciones de fundamentación, sino una *experiencia*, si se nos permite esta expresión algo abusiva, donde la presencia de la totalidad no es más que un fondo difuso y nunca plenamente perfilado. Sin embargo, sobre ese fondo difuso siempre se recorta una silueta anudada por ciertas peculiaridades o signos distintivos. Una vez hecha una lectura, esfumada la presencia siempre repasable de un texto y restando sólo la memoria vital, queda el sedimento efectivamente vivo de una obra. Más que una presentación analítica, que pretenda dar cuenta de las múltiples partes y articulaciones de un texto, pretendemos, pues, mostrar algún residuo vivo de nuestra propia lectura.

Antes de ello, sin embargo, permítasenos algunas indicaciones introductorias. El libro de Jorge Acevedo, profesor de Filosofía Contemporánea del Departamento de Filosofía de esta universidad, lleva por título *La Sociedad como Proyecto*. En la perspectiva de Ortega». El título, sin duda, señala claramente lo que se puede considerar el centro conclusivo del libro. Tres partes, no obstante, articulan la totalidad del texto: *Cuestiones de Método y de Principios*, *Acerca de la Estructura de lo Histórico* y *Conceptos Metahistóricos*. El mero repaso de los títulos que conforman las partes centrales del libro, así como el título mismo de la obra —*La Sociedad como Proyecto*— no da, sin embargo, una exacta dimensión del trabajo que comentamos. Ciertamente, la reflexión acerca de la historia y la sociedad pueden considerarse

los motivos fundamentales de la obra. No obstante, lo cierto es que el trabajo de Jorge Acevedo excede con mucho los límites de una investigación meramente monográfica. En primer lugar, porque no sólo el centro de la reflexión aparece plenamente unido a la periferia, sino además porque a través de tal eje comparecen los principales motivos y tensiones del pensamiento orteguiano. El libro de Jorge Acevedo —en un estilo depurado y claro— tiene como una de sus virtudes principales no sólo el arte de la cita justa e ilustrativa, sino sobre todo la cualidad extraña de hacer brotar de lo monográfico y estrictamente temático la multiplicidad fundante de la filosofía. En un tema de suyo disperso en la obra orteguiana, Jorge Acevedo demuestra una de las principales aptitudes del acabado hermeneuta: el arte del parentesco, de los enlaces y de las semejanzas. Es este *Arte del parentesco* lo que nos genera la impresión quizás obvia, pero no menos extraña, de *estar siempre en Ortega*. En lo grande y lo pequeño, en lo próximo y lo lejano, en lo habitual y lo extraordinario, Jorge Acevedo, uniendo permanentemente el principio con el fin, nos hace permanecer siempre en la *substancia de Ortega*. Por ello, el libro que comentamos es, a nuestro entender, algo más que una obra monográfica, algo más que un libro de interés para historiadores y sociólogos, es una verdadera y gran introducción al pensamiento de José Ortega y Gasset.

En este *Arte del parentesco*, en esta virtud de ligar el principio con el fin, nos quedan, sin embargo, como remanente personal del libro de Jorge Acevedo y más allá de una exposición puramente analítica, dos capítulos centrales de éste: *Modernidad y Postmodernidad (vida personal e historia: un retorno hacia lo cercano)* y *Vivir como acontecer, categoría fundamental de la historia*. Destaco estos capítulos porque, precisamente, nos dan cuenta de los nexos y ligaduras del tema en relación a las categorías esenciales del pensamiento de Ortega. En particular, nos responden a una pregunta sugerente como hilo interpretativo: ¿por qué la historia en Ortega?

Estos dos capítulos del libro de Jorge Acevedo aclaran cumplidamente el interés de Ortega por la historia. Vida y vida personal parecen ser las claves de este interés. En efecto, si existe una expresión que, contemporáneamente, ha recibido renovados sentidos y resonancias, sin duda ella es la palabra *vida*. Vida, en la filosofía contemporánea, ya no designa, como en la mayor parte de la tradición filosófica, una determinada región o categoría de la realidad, sino una condición que caracteriza y aun identifica, en muchos casos, a la existencia en general. Tal revalorización ya la encontramos en Nietzsche, Bergson, Dilthey y Husserl, por nombrar sólo a algunos.

No resulta, pues, exagerado señalar que uno de los motivos o tensiones esenciales de la filosofía contemporánea es, precisamente, la reivindicación y afirmación, a menudo incondicional, del llamado *mundo de la vida*. No podríamos entender, sin embargo, tal reivindicación si no es por el horizonte

polémico que, en cierto modo, la posibilita. Este horizonte, como lo destaca el texto, está constituido por la filosofía moderna. Al respecto señala Jorge Acevedo: «lo más importante de esta confrontación con la modernidad —no simple rechazo, ni menos aún, refutación de ella— consistiría, en lo que a nuestro asunto atañe, en el reemplazo del sujeto, como entidad privilegiada y decisiva, por la vida humana...». En relación a esta preeminencia moderna del sujeto, dos nociones nos parecen centrales: la constitución de las filosofías sistemáticas y el predominio de la idea como principio de lo real.

El sistema, como modalidad preeminente de praxis filosófica moderna, comporta la conformación del saber filosófico como una totalidad cerrada e improposeguible. Pero, a la par, esta totalidad implica la constitución de un principio unificador de lo diverso: este principio es la idea. Estos dos elementos, totalidad e idea, aparecen perfectamente ligados en la definición kantiana de sistema: «La unidad —dice Kant— de los diversos conocimientos bajo una idea». Para nuestros efectos, poco importa que esta idea se exprese como principio de la subjetividad, como en Kant, o como una identidad absoluta, como en Hegel. Lo decisivo reside en la recepción contemporánea de estas nociones. Esta recepción está caracterizada, en primer lugar, por la reafirmación de las propiedades y valores del *mundo de la vida*.

Esta reafirmación, como nos lo señala Jorge Acevedo, toma la forma en Ortega de una interpretación de la *vida como acontecer*, que no es mero *pasar*, sino *drama*. «He dicho —cita Jorge Acevedo a Ortega— muy formalmente y no como simple metáfora que la vida es drama: el carácter de su realidad no es como el de esta mesa cuyo ser consiste no más que en estar ahí, sino en tener que írsela cada cual haciendo por sí, instante tras instante, en perpetua tensión de angustias y alborozos, sin que nunca tenga plena seguridad sobre sí mismo. ¿No es ésta la definición del drama? El drama no es una cosa que está ahí —no es en ningún sentido una cosa, un ser estático—, sino que el drama pasa, acontece; se entiende, es un pasarle algo a alguien, es lo que le acontece al protagonista mientras le acontece. Pero aun al decir esto que ahora, creo yo, nos parece tan claro —decir que la vida es drama—, solemos malentenderlo interpretándolo como si se tratase de que viviendo nos suelen acontecer dramas algunas veces, o bien que vivir es acontecerle a uno muchas cosas; por ejemplo, dolerle a uno las muelas, ganar el premio de la lotería, no tener qué comer, enamorarse de una mujer, sentir la indomitable aspiración a ser ministro, ser *velis nolis* estudiante de la universidad, etc. Pero esto significaría que *en* la vida acontecen dramas, grandes y chicos, tristes o regocijados, mas no que la vida es esencialmente y sólo drama. Y de esto es precisamente de lo que se trata. Porque todas las demás cosas que nos pasan o acontecen nos acontecen y pasan porque nos acontece y pasa una única: vivir. Si no viviésemos no nos pasaría nada; en cambio, porque vivimos y sólo porque vivimos nos pasa todo lo demás».

Hemos querido consignar extensamente este hermoso texto que cita Jorge Acevedo, porque expresa con suma elocuencia este motivo central de la filosofía orteguiana. La vida humana como realidad radical, la propia soledad, irreductibilidad y singularidad de la misma, la afirmación de un yo por principio circunstanciado y mundanizado, la ratificación del valor de lo nimio y aparentemente pequeño de la vida cotidiana, son todas diversas modulaciones de esta confrontación de Ortega con la modernidad. Pero sobre todo expresan el vínculo indisoluble entre vida e historia. Tal es lo que nos muestra, con pericia indiscutida, Jorge Acevedo en su libro. Pero, además, hemos querido apoyar nuestra presentación en este aspecto del libro de Jorge Acevedo porque constituye el mejor ejemplo de la principal maestría de nuestro autor: el exponernos, desde un tema particular, un Ortega esencializado, un Ortega siempre cercano, aun en lo distante y espaciado, a sus fuentes más características. La historia, la sociedad, la nación, el estado, aparecen, en el libro de Jorge Acevedo, desplegándose fontalmente, explicados desde sus fundamentos y orígenes esenciales. Por ello, a nuestro entender, el libro de Jorge Acevedo no es meramente un libro sobre el concepto de sociedad en Ortega, sino, en cierto modo, algo muchísimo más simple: un excelente libro sobre José Ortega y Gasset.